

## CAPÍTULO II.

Condiciones del progreso.—Sus auxiliares y enemigos.—Las escuelas.—Su eficacia.—Escuelas literarias y dramáticas.—El género no constituye escuelas.—Cómo se forman las escuelas.—Su fin es comun y universal y tiende á la perfeccion.—Cómo mueren las escuelas.—Su renacimiento y fusion.—Escuelas de actualidad.—Existencia de una nueva escuela.—Tendencias y elementos de la dramática antigua.—Elementos dramáticos de la nueva escuela creada, formulada y determinada por *Echegaray*.—Luchas de la conciencia.—Nuevos ideales.—Diferencias entre la escuela nueva y las antiguas.—Exámen de sus elementos.—Elementos comunes y distintos.

El progreso se realiza siempre y en todas las manifestaciones, aun á pesar de los interesados en su realizacion y de cuantos obstáculos y tropiezos se opongan á su marcha; sus efectos podrán ser muy variados y afectar de muy distinto modo á los elementos que constituyen la sociedad, perjudicar á ésta á veces, produciendo revoluciones en este ó en el otro sentido, conmoviendo y echando por tierra instituciones que un tiempo tuvieron razon de ser, y que en momentos dados sólo sirven de rémora á los adelantos en el camino de la perfeccion; es fácil que el ansia de avanzar precipite al que avanza y á los que consigo arrastra y los exponga á caidas y desviaciones del fin último, que nunca son infructuosas por la enseñanza que encierran;

pero se avanza siempre, el progreso se realiza y la humanidad cumple su destino casi sin darse cuenta de ello, resistiendo á veces, aunque en vano, marchando otras de buen grado por el camino que la fuerza y virtud de los acontecimientos le señala con mano rígida é impasible y autoridad que en ningun tiempo pudo ser desconocida.

Las escuelas que son al mismo tiempo el auxiliar más poderoso y el enemigo más declarado del progreso por lo que tienen de conservadoras, por su tendencia á retener lo adquirido y su repugnancia á admitir lo que aún no es de su dominio ni especialidad, se desprenden con naturalidad pero no sin esfuerzo de sus teorías un tiempo indisputablemente razonables, no de otro modo que los árboles se desprenden de sus hojas secas al impulso de la brisa ó del huracan, cuando á los rigores del estío suceden las nieblas otoñales, para dejar espacio y tiempo á otras nuevas que tambien han de caer y renovarse en la continúa sucesion de los accidentes de la naturaleza. Las escuelas, reuniendo y concentrando en un sistema todas las teorías que á su fin conducen, clasificándolas, ordenándolas y presentándolas en un método determinado hacen un beneficio al progreso humano, aferrándose á ellas, negándose á sustituirlas, le causan un daño que en último resultado produce un bien porque de la lucha de las ideas sale la verdad y ciertas verdades no se imponen como las leyes de un déspota, ni se proclaman sin oposicion, sino que se inculcan, se imbuyen, se infiltran poco á

poco y en virtud del convencimiento que la contemplación de la lucha y la apreciación de las fuerzas y razones expuestas por los elementos contendientes lleva al entendimiento, en gracia de la persuasión que el conocimiento de la conveniencia, utilidad y eficacia de lo propuesto tiene sobre lo que se trata de desecharlo.

Esto sucede de igual modo con las escuelas filosóficas que con las artísticas y literarias, porque el gusto de la humanidad, enriquecido por la experiencia, depurado con los repetidos ejemplos, y con el caudal de conocimientos acumulado y legado por los que fueron antes, alambica cada vez más el pensamiento; ve que lo que pasó por bello, por bueno, por verdadero, no es ya nada de esto, abraza lo nuevo y abandona lo viejo, ó cuando más expurga esto, lo exprime, obtiene la esencia útil y beneficiable, la amolda á lo actual que toma como lo único que vale y forma nueva escuela que ha de durar lo que dure la base sobre que se fundó, las circunstancias, las costumbres, el rumbo de las ideas; que será eterna ó vivirá un día, pero que se alzarán sobre las ruinas de la escuela antigua.

Hay, no obstante, que tener en cuenta que el egoísmo, la soberbia y otras pasiones é intereses determinados hacen á veces creer en la existencia de una nueva escuela, que no es sino la antigua en otra forma, con ligeras ó bastante profundas variaciones que nos engañan respecto á la realidad de su modo de ser, de su solidez y conveniencia, porque entónces, no la esencia

sino los accidentes han variado, siendo en el fondo la misma é idénticos sus principios, encubierta su falta de novedad con el pretexto, no censurable en otro caso, de conservar lo bueno, real y verdadero de la escuela vieja, por convenir ó estar conforme con la que se pretende haber fundado nuevamente.

En el teatro, en la literatura dramática se ve palpablemente lo que venimos diciendo, y por esto, y por ser el objeto principal de este trabajo, nos vamos á limitar á él en el desenvolvimiento de las ideas especulativas y prácticas que sobre esta cuestión hemos formado y puesto en orden.

Desde el principio del arte dramático y hasta cuando aún no era arte, cuando se hallaba limitado á la representación de acciones naturales y vulgares, sin complicaciones ni intrigas, tal como las costumbres de aquellos pueblos casi primitivos podían concebirlo, la existencia de los géneros se da á conocer y establece diferencias notables entre la dramática de dos pueblos distintos, entre la de dos autores de un mismo pueblo. El género por sí no constituye escuela, pero sirve para su determinación por su facultad de indicar y seguir un rumbo determinado, en todo diferente de los demás. La tragedia griega ni por su objeto, ni por su contextura tiene analogía alguna con la comedia romana, ni ninguna de éstas con las dramáticas que las siguieron. La representación de acciones heroicas, la de las costumbres de cada pueblo, con sus vicios, sus defectos, sus pasiones, su rivalidad distinguen notablemente el teatro de un

pueblo del de otro, y, en uno mismo, la creencia de que toda accion ha de ser sobrenatural y fingida y la opinion de que no ha de buscarse fuera de la sociedad entónces actual, constituyen dos escuelas, y dentro de cada una de ellas, otras que se diferencian en el modo de ver y apreciar los recursos dramáticos, por la forma ó por el fondo, conmoviendo dulcemente, asombrando con maravillas, ó dominando por el terror que produce una accion tan grande á veces como inverosímil y absurda. Basadas todas las escuelas en principios generales, sólo disienten en el fin, y en tanto marchan á una y compartiendo los favores de un público que les es necesario, en cuanto su objeto subsiste y no desaparecen las causas y circunstancias que precedieron á su formacion. Manifiéstase entónces, y aún ántes, la tendencia á fusionarse, á unir los elementos sanos y compatibles de las más afines, y á buscar en la unificacion defensa y medios de ataque contra las escuelas cuya razon de ser no existe por haber desaparecido las circunstancias que apoyaban y justificaban su existencia y oportunidad, sin conservar por otra parte elementos útiles ó beneficiables por las otras escuelas, que por la virtud de los mismos queden en pié y permanezcan incólumes y fijas. Cuando los elementos se contraen á limitados fines y efectos, y se desechan los inútiles, las escuelas se reducen y quedan limitadas á las solas que pueden y deben representar las dos tendencias de la sociedad, el realismo y la fantasía, refugiándose estas manifestaciones en un género con preferencia á otro, en el drama, por ejemplo,

mejor que en la comedia. Y una escuela no es vieja ni se hace inútil por razon de la edad que cuente sino más bien por su inutilidad, así como no es nueva la que con apariencias de tal viene á resucitar teorías y sistemas abandonados y en desuso, sino la que realmente trae á la comun ansiedad elementos nuevos, sanos y de fácil y oportuno planteamiento.

Con más ó ménos variantes, lo que sucede en el principio del teatro, se verifica en épocas posteriores en el trascurso de los siglos, dadas ó supuestas las mejores condiciones de progreso y perfeccion de las sociedades, y renovándose únicamente aquellos elementos que dejan de estar conformes con los hábitos y costumbres de los pueblos, con su moral y su filosofía, con su religion y su gobierno. Y andando los tiempos, las sociedades modernas heredan con la civilizacion antigua, los adelantos de las Edades intermedias, acepta de buen grado las teorías de unas y otras, las modifican con arreglo á su actual manera de ser, y utilizando los elementos por ellas legados los adaptan á sus fines y objetos, crean otros nuevos más suficientes, y dan origen á escuelas que parecen nuevas y son sólo copia, más ó ménos exacta ó desfigurada, de las antiguas.

Contrayéndonos á los tiempos presentes, al paso que vemos confirmada esta verdad, observamos que, lo mismo que en tiempos antiguos, dos escuelas distintas se disputan el imperio del teatro, como se disputaron el de la literatura y la filosofía. No descenderemos á pormenores sobre la existencia y manifestaciones de estas

dos escuelas, la clásica y la romántica, ni á determinar sus tendencias y oportunidad, ni las épocas de nuestra Edad en que á cada una llegó el turno de dominar atrayéndose todas las simpatías y gran número de adeptos; asuntos son éstos generalmente conocidos y nada aducen en favor de la tesis que nos proponemos sustentar, esto es, la existencia de una nueva escuela con elementos nuevos y distintos é ideales diversos y hasta ahora por ninguno tomados en cuenta.

La escuela que podemos llamar antigua, en la que en los últimos tiempos iban fundiéndose las demás, por no diverger ya, sino en puntos que no afectaban á la esencia de cada una, consistiendo esta divergencia en la forma más que en el fondo, estaba basada en las luchas del sentimiento, de las pasiones, en el antagonismo de dos afectos, en la incompatibilidad de dos aspiraciones; las conveniencias sociales y morales, el deber puro eran accidentes que á veces en unas obras contribuían al resultado propuesto y apetecido, no siendo en otras sino elementos accesorios que no se derivaban naturalmente de la acción principal; ésta iba casi siempre encaminada á persuadir el ánimo del espectador conmoviéndolo, despertando en él sensaciones distintas que reflejándose en la inteligencia le obligaban á pensar y á querer como al autor le convenía que quisiese y pensase, pero, nunca presentándole la acción como un dilema terrible, abrumándole con la lógica de los hechos que la constituían, sino determinando, generalmente, la catástrofe, por un rasgo de abnegación, por un subli-

me sacrificio, un arranque vigoroso del alma, que analizado friamente no tenía razón de ser, pero que expresado, puesto en evidencia, ora de una manera sentimental y dulce, ora de un modo enérgico y valiente llevaba al auditorio allá donde el autor quería que fuese logrando su aprobación y su aplauso. O bien toda la moral de la obra descansaba en el propósito de presentar al inocente perseguido y desgraciado, el malvado triunfante y feliz en el principio de la acción, haciendo que por la fuerza misma de los acontecimientos, por causa de los hechos paralizados por los mismos personajes, la fortuna de los mismos cambiase, venciendo el bueno, abatiendo al malo, ó dando á aquél el consuelo y á éste el arrepentimiento que el fin moral de la obra reclamaba y el espectador tácitamente exigía, so pena de que el drama pasara por incompleto ó ineficaz.

La nueva escuela creada por *Echegaray*, adivinada por otros autores ilustres dentro y fuera de España, funda todo su sistema en ideales nuevos, no empleados por ningún otro, y de resultado seguro y provecho grande para la existencia del teatro y, dentro de él, de una dramática completamente original y nueva.

No son las luchas del sentimiento, de las pasiones, por más que como recurso, y nunca como objeto principal, aparezcan en las obras de este autor y en las de sus sectarios, son las luchas de la conciencia, tan terribles en sus manifestaciones y efectos como las otras, más terribles porque la conciencia es un juez inflexible que nos muestra un camino estrecho y lleno de espinas

y nos prohíbe salir de él, que no transige con las circunstancias, ni admite justificación alguna; son las luchas de la conciencia, que con su lógica severa y cruel, mata los sentimientos más dulces, deslustra las acciones más sublimes y depurando el alma abate y destruye el cuerpo; de la conciencia, ciega y sorda para todo lo que no sea ver el crimen, delatarlo, presentarlo en toda su horrible desnudez, vigía incansable que continuamente grita ¡alerta!, que después del crimen ó de la falta no cesa un momento de gritar acusándonos, que nos humilla á nuestros propios ojos, que amarga todas nuestras ficticias alegrías, que nunca duerme y siempre vela sin darse ni dar al que castiga punto de reposo; las luchas de la conciencia, que hielan el corazón y la mente del que las presencia, y le hacen repugnantes acciones que de otro modo admiraría; las luchas de la conciencia que son como los tormentos del espíritu, las tempestades del alma, cuyas fuerzas gastan y destruyen, que ofuscan la razón, coartan la voluntad y son rémora y obstáculo al pensamiento.

La nueva escuela, repetimos, está fundada en esos nuevos ideales; cuestión es ésta por todos reconocida; no así la de que haya sido la única, sin que ántes de ella por autor alguno hayan sido empleados, y á probar esto se encaminarán nuestros propósitos, ya que de esta prueba ha de deducirse la originalidad de esta escuela, ó su semejanza ó paridad con otras que ántes existieron. El exámen y comparación de los elementos de unas y otras creemos que bastará al objeto; de él

han de desprenderse consecuencias y deducirse razones que nos presenten el problema resuelto, y á él apelamos sin vacilación, para satisfacer nuestro propio anhelo y el de los que han negado y niegan la existencia de una escuela nueva, de una dramática distinta de las hasta ahora conocidas.

Los elementos de la escuela vieja todos saben cuáles son: una acción más ó ménos grande, verosímil y moral á la que están subordinados episodios que la realzan y embellecen, haciéndola interesante; un personaje principal en el que todos estos episodios convergen produciendo lo que se llama situación, luchas entre los intereses y pasiones del personaje principal y los personajes secundarios que aparecen en escena, ó cuya existencia se supone; amagos de vencimiento en estas luchas; sacrificios de unos que hacen inútiles los esfuerzos de los otros; rasgos de generosidad y abnegación y catástrofe ó resultado final del que se deduce el triunfo de la virtud ó del virtuoso, á quien á toda costa quiere hacerse simpático, aunque se repruebe su conducta en ocasiones ó los medios que emplea para conseguir su objeto, siendo además indispensable la presentación de un traidor que con sus enredos y maquinaciones, por medio de engaños y perfidias dilate el resultado feliz, la realización de los deseos nobles del protagonista y de los que con él hacen causa común, así como el que éste sea tan inocente ó tan ciego que ni vea ni entienda lo que cuantos le rodean conocen perfectamente, y consistiendo muchas veces todo el artificio de una obra

dramática en un pequeño detalle que el héroe de la acción ignora porque así conviene al autor y porque sin esto no podría existir el drama. Además, en las obras de esta clase los personajes secundarios comparten con el principal la atención del público, oscureciendo á aquél á veces, y teniendo entre sí escenas y relaciones para las que nada viene á significar sino muy indirectamente; y siempre la acción es general y hay distintos focos donde se concentra, según la conveniencia de la obra ó del autor.

En la nueva escuela existen algunos elementos comunes á la antigua, como no podía ménos de ser, pero hay otros enteramente distintos, sobre todo en lo que se refiere á la presentación de un ideal único, especial y hasta ahora no presentado. Existe una acción principal y única con sus episodios y situaciones, un personaje principal y otros secundarios que contribuyen al desarrollo de la misma, y otros elementos necesarios sin los que ninguna obra dramática podría existir; pero no emplea esos otros de la antigua que hemos mencionado, no hace uso de esos recursos gastados y fácilmente conocidos, sino que afronta con franqueza y decisión los puntos capitales de la obra, presenta á todos los personajes obrando claramente, sin misterios, sin intrigas, no haciendo consistir una situación en la ignorancia de un detalle sino precisamente y al contrario en el conocimiento de todos los detalles que la hacen más terrible y conmovedora; en la fuerza misma de los hechos cuya existencia se conoce como sus consecuencias, como toda la responsa-

bilidad que de los mismos á cada uno corresponde.

Ya no se pone al protagonista en lucha con los demás personajes cuyos intereses ó pasiones están en antagonismo con los de aquél, sino que siendo todos unos lo sublime de la situación consiste en querer todos lo mismo y verse obligados á obrar ó permitir que obren en sentido opuesto á su voluntad; hé aquí un elemento nuevo; la fatalidad que se presenta en circunstancias especiales para producir un drama social ó de familia, no sustituyendo á la voluntad de los hombres ó al resultado de sus acciones buenas ó malas, premeditadas ó irreflexivamente ejecutadas.

El drama, pues, se halla limitado á un solo personaje, á una individualidad única; los demás son accesorios y sus situaciones se reflejan en aquél como en un foco, y ó son indiferentes, y obran independientemente pero influyendo en la acción principal, ó existen como medios ú objetos en que aquélla se funda. El protagonista lucha consigo mismo, con su conciencia; las pasiones son sofocadas, pero los afectos levantan su voz muy alto y torturan su alma; todo contribuye á hacer más acerbo el combate; el vencimiento es el triunfo; la derrota es la victoria; el bueno se hace repugnante por la virtud misma y el horror del sacrificio, el egoísmo se hace simpático porque se halla conforme al modo de obrar de la generalidad de las gentes, y la catástrofe que viene lenta y naturalmente no cambia de pronto el estado de las cosas, deja al bueno abatido, sin que triunfe absolutamente el egoísmo, y el espectador se queda acongoja-

do, confuso, porque no ve al pronto la moral del drama, pero la reflexion viene despues y tras ella el convencimiento de la razon que existe para que los personajes obren así y no de otro modo; y hé aquí otro elemento nuevo y completamente distinto de los de la escuela antigua, una moral sublime, incomprensible en fuerza de pura y absoluta, pero refractaria á todo lo comun y vulgar, á lo que se usa y practica dentro y fuera del teatro, en la sociedad y en las tablas.

Y en todas estas obras se entraña siempre un problema moral y psicológico, y otro social, de alta trascendencia ámbos; por lo que ensalzan y lo que condenan, toda vez que en el drama antiguo se introduce á los personajes obrando y hablando como se habla y se obra en la vida ordinaria, salvo las condiciones del género y del objeto de la obra; en el drama moderno se profundiza lo interior del alma, se fija allí la accion, siendo realmente ella el lugar de la escena, personajes las potencias, las facultades, los afectos, y protagonista la conciencia; se hace obrar y hablar al que es objeto de este drama interior como debe hablarse y obrarse estando sujeto á las más inflexibles reglas de moral; se rompe abiertamente con todas las tradiciones y conveniencias, y sólo se aspira á la resolucion de un problema que casi nunca se halla, dejándola al criterio, al sentido moral del espectador que aplaude y reprueba á la vez lo que á un mismo tiempo le admira y le repugna, le irrita y le conmueve.

Podrá encontrarse, sin esforzarse en buscarlo, en los

teatros antiguos y en los clásicos modernos y contemporáneos algo de todo esto que venimos notando, pero, no en las mismas condiciones, ni hecho de propósito, sino como consecuencia del carácter de la dramática de ciertos tiempos, de tales pueblos y de determinados autores; pero lo que no se encuentra es la intencion deliberada de erigir este sistema en principio, de amoldarlo á todos los géneros, de apurarlo y sintetizarlo fundando en él toda una escuela. Las analogías entre una y otra dramática no afectan al fondo y son ménos importantes cuanto más numerosas; lo que en último resultado viene á comprobar nuestras afirmaciones y á dejar sentado que los elementos de la dramática inaugurada en estos últimos tiempos no ha tenido precedente en absoluto, y su ideal, por tanto, es completamente nuevo, vírgen hasta ahora que un hombre, de genio potente y esplendoroso númen le ha dado forma, ha hecho fácil su realizacion, ha indicado con mano segura el derrotero que ha de seguirse, entrando por él con pié firme y sin vacilacion, llevándose de paso la admiracion de los unos, las censuras de los otros, la simpatía de los más y la atencion de todos, privilegio únicamente al genio concedido, galardón solamente á las almas grandes otorgado.